



POR MANO DISTINTA

Carlos Reyero Hermosilla

POR MANO DISTINTA



Primera edición: febrero de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Carlos Reyer Hermosilla

ISBN: 978-84-18663-08-6

ISBN digital: 978-84-18663-09-3

Depósito legal: M-4624-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

DRAMATIS PERSONAE

Álvarez de Toledo y Palafox, Pedro de Alcántara. Diplomático. Marqués de Villafranca del Bierzo y Grande de España. Personaje histórico.

Armero Peñaranda, Francisco. Ministro de Marina, Comercio y Gobernación de Ultramar con Narváez. Personaje histórico.

Aguirre, Marcial. Escultor natural de Bergara (Guipúzcoa), pensionado en Roma por la Diputación Provincial. Personaje histórico.

Archivero de la Academia Grecolatina. Compañero de Piero Contardi en la vivienda situada en el primer piso de la calle del Príncipe. Personaje imaginario.

Barilli, Lorenzo. Nuncio en España. Personaje histórico.

Baronio, Cardenal. Mecenas de Piero Contardi, a quien encarga varias copias de cuadros de Rafael Sanzio. Personaje imaginario.

Bermúdez de Castro, Salvador. Escritor y diplomático natural de Jerez de la Frontera (Cádiz). Ostentó los títulos de marqués de Lema, duque de Ripalda y príncipe de Santa Lucía. Último embajador de España en Nápoles. Personaje histórico.

Bismarck, Otto von. Embajador de Prusia en Francia antes de convertirse en primer ministro. Personaje histórico.

Borbón y Parma, Francisco de Paula. Hermano menor del rey Fernando VII y tío de la reina Isabel II. Viudo de Luisa Carlota de Borbón, hermana de la reina María Cristina, es el padre de los infantes Francisco de Asís y Enrique, así como de las infantas Luisa Teresa y Josefina Fernanda. Personaje histórico.

Borbón y Borbón, Enrique. Segundogénito del infante Francisco de Paula y hermano de Francisco de Asís. Ostentó el título de duque de Sevilla. Personaje histórico.

Borbón y Borbón, Francisco de Asís. Rey consorte de España. Primogénito del infante Francisco de Paula y primo carnal de la reina Isabel II, con la que se casó en 1846. Ostentó el título de duque de Cádiz. Personaje histórico.

Borbón y Borbón, Isabel de. Véase: Isabel II.

Borbón y Borbón, Luisa Fernanda de. Segundogénita de Fernando VII y María Cristina de Borbón. En 1846 se casó, en la misma ceremonia que su hermana, con Antonio de Orleans, duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe, rey de los franceses. Personaje histórico.

Borbón y Borbón, María Cristina de. Reina de España por su matrimonio con Fernando VII. Desempeñó el puesto de reina gobernadora tras enviudar en 1833. Casada en segundas nupcias con Fernando Muñoz, fue obligada por Espartero a salir de España en 1840. Desde su retorno en 1844 ejerció una profunda influencia en la vida política española. Personaje histórico.

Bresson, Charles-Joseph, conde de. Embajador de Francia en Madrid. Personaje histórico.

Bresson, Louise-Charlotte de Pechpeyrou-Comminges de Guitaut, condesa de. Esposa del anterior. Personaje histórico.

Bulwer, *sir* Henry Litton. Embajador del Reino Unido en Madrid. Personaje histórico.

Cádiz, duque de. Véase: Borbón y Borbón, Francisco de Asís de.

Calderón Collantes, Saturnino. Ministro de Estado en el gobierno de O'Donnell. Personaje histórico.

Cerdá, Francisco. Pintor natural de Barcelona. Obtuvo gran reputación como copista. A mediados de los años cuarenta se estableció en Madrid. Personaje histórico.

Carini, Antonio de la Grua y Talamanca de Sabatini, príncipe de. Embajador del Reino de las Dos Sicilias en Madrid en 1845, destinado más tarde a otras legaciones europeas. Personaje histórico.

Carini, Amélie Lambelin, princesa de. Esposa del anterior. Personaje histórico.

Coburgo, Leopoldo de Sajonia. Príncipe alemán que se barajó como posible candidato a convertirse en esposo de la reina Isabel II. Personaje histórico.

Colina, Manuel. Anticuario de Madrid. Personaje imaginario.

Contardi, Piero. Pintor napolitano, copista de Rafael y protagonista de esta historia. Aunque el personaje es imaginario, un individuo homónimo figura en la relación de copistas del Museo del Prado en el año 1845.

Crucitas. Ayudante del fotógrafo Manuel Herrero. Personaje imaginario.

Cruz, Lino. Agregado de la Embajada de España ante la Santa Sede. Personaje imaginario.

Demidoff, Anatole. Noble de origen ruso, ostentó el título de príncipe de San Donato. Se casó con la princesa Mathilde Bonaparte, prima de Napoleón III, de la que se separó al poco tiempo. Personaje histórico.

Donoso Cortés, Juan. Diputado por Badajoz. Personaje histórico.

Escalante, Amós de. Escritor natural de Santander. Personaje histórico.

Eugenia de Montijo. Esposa del emperador Napoleón III. Personaje histórico.

Federico Guillermo V. Rey de Prusia. Se convirtió en el emperador Guillermo I tras la proclamación del imperio alemán. Personaje histórico.

Fernández de Velasco, Fernando. Agregado de la Embajada de España ante la Santa Sede. Personaje histórico.

Fernando II. Rey de las Dos Sicilias. Hermano de la reina de España María Cristina, viuda de Fernando VII, y de Francisco de Paula, conde de Trapani. Personaje histórico.

Flandrin, Hipólito. Pintor francés natural de Lyon. Discípulo de Ingres, fue muy reconocido como retratista y autor de composiciones religiosas. Personaje histórico.

Francisco II. Último rey de las Dos Sicilias. Hijo de Fernando II. Personaje histórico.

Fuad Effendi, Muhamed. Embajador del Imperio Otomano en Madrid. Personaje histórico.

Galiziano, Giuliano. Maestro de retórica del príncipe de Carini. Personaje imaginario.

García-Loygorri y García de Tejada, Ángel. Subsecretario de la Guerra. Ostentó el título de conde de Vistahermosa. Personaje histórico.

Giuliani o Juliani. Tenor partidario de la unidad de Italia. Aunque el personaje es imaginario, un tenor de ese nombre actuó en Madrid en 1845.

Glücksberg, Louis-Charles-Élie Amanieu Decazes, duque de. Primer secretario de la Embajada de Francia en Madrid. Personaje histórico.

Granard, Barón de. Segundo secretario de la Embajada de Francia en Madrid. Personaje imaginario.

Granard, Héloïse de Montluçon, baronesa de. Esposa del anterior. Personaje imaginario.

Hernández Amores, Germán. Pintor natural de Murcia. Obtuvo una medalla de primera clase en la Exposición Nacional de 1862 por su cuadro *Viaje de la Virgen y San Juan a Efeso*. Personaje histórico.

Herrero, Manuel. Fotógrafo. Personaje histórico.

Isabel II. Reina de España. Hija primogénita de Fernando VII y María Cristina, accedió al trono a la muerte de su padre en 1833, bajo la tutela de su madre. Fue declarada mayor de edad en 1843, cuando cumplió trece años. En 1846 se casó con su primo Francisco de Asís. Personaje histórico.

Madrazo, José. Pintor natural de Santander. Fue director del Real Museo y desempeñó una importantísima labor docente en la Academia de San Fernando de Madrid. Padre de Federico. Personaje histórico.

María Sofía de Baviera. Reina de las Dos Sicilias por su matrimonio con Francisco II. Personaje histórico.

Marino, Alessandro. Secretario de la Embajada del Reino de las Dos Sicilias en Madrid, conocido como *Sasà*. Personaje imaginario.

Martínez de la Rosa, Francisco de Paula. Ministro de Estado. Personaje histórico.

Matilde Ludovica de Baviera. Condesa de Trani por su matrimonio con Luis María de Borbón, hermanastro del rey de las Dos Sicilias, Francisco II. Personaje histórico.

Miraflores, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. Presidente del Consejo de Ministros a la caída de Narváez en 1846 y a la caída en O'Donnell en 1863. Fue embajador de España ante la Santa Sede. Personaje histórico.

Muñoz, Agustín Fernando, duque de Riánsares. Segundo esposo de la reina María Cristina de Borbón, con quien tuvo varios hijos. Personaje histórico.

Montpensier, duque de. Véase: Orleans, Antonio de.

Napoleón III. Emperador de los franceses. Personaje histórico

Narváez, Ramón María de. Varias veces presidente del Consejo de Ministros, fue conocido como *El Espadón de Loja*. Ostentó el título de duque de Valencia. Personaje histórico.

Obiols, Ramón. Presbítero de la iglesia de Santa María de Montserrat en Roma. Personaje histórico.

O'Donnell, Leopoldo. Tres veces presidente del Consejo de Ministros. Ostentó, entre otros, el título de duque de Tetuán. Personaje histórico.

Orleans, Antonio de. Hijo del rey Luis Felipe, se casó en 1846 con la infanta Luisa Fernanda. Ostentó el título de duque de Montpensier. Personaje histórico.

Pío IX. Elegido papa en el cónclave que siguió a la muerte de Gregorio XVI en 1846. Personaje histórico.

Palmaroli, Vicente. Pintor natural de Zarzalejo (Madrid). Pensionado en Roma por el rey Francisco de Asís. Consiguió una segunda medalla en la Exposición Nacional de 1862 por el cuadro *Santa Isabel, Santiago, San Pío V y San Francisco interceden ante San Ildefonso por el príncipe de Asturias*. Personaje histórico.

Pavía y Lacy, Manuel. Senador y capitán general de Navarra. Personaje histórico.

Posada Herrera, José. Ministro de la Gobernación en el gobierno de Leopoldo O'Donnell. Personaje histórico.

Puebla, Dióscoro Teófilo de la. Pintor natural de Melgar de Fernamental (Burgos). Fue pensionado en Roma por la Academia de San Fernando. Consiguió una primera medalla en la Exposición Nacional de 1862 por su cuadro *Primer desembarco de Colón en América*. Personaje histórico.

Ramírez, Rafael. Capitán de regimiento de artillería. Personaje imaginario.

Ruiz de Arana, José. Gentilhombre de Palacio. Personaje histórico.

Salamanca, José de. Relevante hombre de negocios de época isabelina. Personaje histórico.

Salmón, Juan. Interventor del Real Museo. Personaje histórico.

Sasà. Véase: Marino, Alessandro.

Sebastián Gabriel, Infante. Cuñado del rey Francisco de Asís por su matrimonio con su hermana María Cristina. Personaje histórico.

Serracapriola, Nicola Maresca Donnorso, duque de. Embajador del Reino de las Dos Sicilias en París. Personaje histórico.

Sevilla, duque de. Véase: Borbón y Borbón, Enrique de.

Souza, Gerardo de. Embajador de España en Estambul y ante la Santa Sede. Personaje histórico.

Trani, Luis de Borbón, conde de. Hermanastro del rey Francisco II de las Dos Sicilias. Personaje histórico.

Trapani, Francisco de Paula de Borbón, conde de. Hermano del rey Fernando II de las Dos Sicilias y tío de la reina Isabel II. Personaje histórico.

Vázquez, Ramón. Pintor, *connoisseur* y crítico de arte natural de Móstoles (Madrid). Aunque el personaje es imaginario, un individuo homónimo figura en la relación de copistas del Museo del Prado en el año 1845.

Velasco, Benito. Conserje del Real Museo. Personaje histórico.

Vera, Alejo. Pintor natural de Viñuelas (Guadalajara). Pensionado en Roma por la Academia de San Fernando. Obtuvo una medalla de primera clase en la Exposición Nacional de 1862 por el *Entierro de San Lorenzo*. Personaje histórico.

Vidal, Juan. Pintor natural de Botorríta (Zaragoza), copista de Murillo y amigo de Ramón Vázquez. Aunque el personaje es imaginario, un individuo de apellido Vidal figura en la relación de copistas del Museo del Prado en el año 1845.

Vilches, José. Escultor natural de Málaga. Fue director de los pensionados españoles en Roma. Personaje histórico.

Vilches, Miguel. Funcionario del Ministerio de la Gobernación. Personaje imaginario.

Víctor Manuel II. Rey de Cerdeña y Piamonte. En 1861 fue proclamado primer rey de Italia. Personaje histórico.

Viuda de la calle del Príncipe. Dueña de la casa donde vive Piero Contardi. Personaje imaginario.

EL HALLAZGO DE UN MANUSCRITO

Durante los años en los que estuve destinado en Roma, mi esposa y yo, que compartimos la misma afición por los muebles antiguos, acudíamos con alguna frecuencia al mercado de Porta Pia, donde se encuentran trastos de todas clases. Al poco de nuestra llegada, nos llamó la atención una gran mesa de escritorio, en caoba y nogal, con adornos de bronce, realizada a mediados del siglo XIX. Estaba en perfecto estado y tenía un buen precio. Sin embargo, no nos planteamos adquirirla porque la sola idea de subirla hasta el cuarto piso sin ascensor del apartamento que teníamos alquilado en el Trastevere se nos antojaba titánica. Pero tanto se nos había metido en la cabeza aquella mesa que, cuando se acercaba el día señalado por el Boletín Oficial del Estado para abandonar la ciudad, volvimos por curiosidad a ver si continuaba en venta. Allí seguía, como si nos esperara. Aprovechamos que el ministerio corría con los gastos del traslado y la compramos. El vendedor nos contó que procedía de España. Según él, una marquesa italiana, al quedarse viuda de un español muerto en extrañas circunstancias en París, se la había llevado consigo cuando volvió a su patria. La había conservado como recuerdo de su marido, por el mucho aprecio en que la tenía el difunto. Después pasó a su confesor, que, según las malas lenguas, era también su amante. Este se la cedió en herencia a su sobrina. Fue una hija de esta, ya muy anciana, quien le puso al corriente de sus propietarios anteriores antes de vendérsela. Al parecer, su madre acostumbraba a decir que aquella mesa encerraba una gran historia.

Naturalmente nos tomamos aquella expresión en sentido figurado hasta que, poco después de ser desembalada, nos dimos cuenta de que disponía de un mecanismo secreto que daba acceso a dos compartimentos, situados en los extremos. En uno de ellos, se guardaba un manuscrito, escrito en su mayor parte en italiano, con algunos trozos en francés y otros en español, junto a un montón de notas, recortes de prensa, cartas, fragmentos de un diario y papeles de diversa índole que, sin duda, sirvieron para redactarlo.

Desconocemos quién fue su autor, pero si la información que nos suminis-

tró el vendedor era cierta, podría tratarse del propio confesor de esta misteriosa marquesa italiana, pues nadie sino él debía de conocer el mecanismo secreto donde se ocultaba, que, por cierto, guarda extraordinarias coincidencias con el de una mesa de la que se habla en esta historia. No descartamos tampoco que alguna otra persona se lo entregara con el encargo de corregirlo o de recabar su opinión. Por alguna razón no quiso o no pudo editarlo.

En todo caso, quienquiera que fuera debió de conocer a los protagonistas. ¡Quién sabe si, de haber sido redactado por el eclesiástico, no llegara incluso a poner en boca de algunos sus secretos de confesión! A juzgar por las reflexiones que realiza, se trata de alguien cercano a los hechos. No por ello, sin embargo, renunció a llevar a cabo una concienzuda labor de investigación. El narrador se revela, desde luego, como un individuo muy documentado en cuanto a lugares, caracteres, episodios y circunstancias descritas.

Ni mi esposa ni yo poseemos los conocimientos históricos ni filológicos para hacer un análisis académico del texto. Nos hemos limitado a transcribirlo al español porque creemos que tiene alguna curiosidad para el lector de hoy, a pesar de su anacronismo. Quizá porque nos gustan las historias antiguas hemos sentido una gran afinidad hacia lo que aquí se cuenta.

Ambos coincidimos en que a su autor le faltó tiempo para darle un título y, quizá, ofrecer una explicación inicial de sus intenciones. Tal vez no llegara a hacerlo por miedo o por vergüenza. Pegado a la primera hoja se encuentra este recorte de prensa, que pensamos pudo constituir su punto de partida:

Crimen horrendo

Un espantoso asesinato se cometió anoche en la calle del Príncipe. El repugnante criminal entró en la vivienda de una viuda con objeto de apoderarse, mediante engaño, de un cuadro que había de ser entregado en los próximos días a una persona ilustre. Algunos inteligentes aseguran que se trata de un original de Rafael Sanzio, mientras otros afirman que no es más que una copia reciente, en cuyo caso apenas valdría un puñado de reales. Según los vecinos, el bandido ya había perpetrado el robo cuando, de forma inesperada, se cruzó en la escalera con el hombre al que unos minutos después mataría. Se cree que hubo un forcejeo entre ambos, pues algunos testigos aseguran haber escuchado un gran estruendo. Parece, no obstante, que los dos hombres se conocían, pues hubo ensañamiento con el cadáver, cuyo rostro quedó completamente desfigurado hasta resultar irreconocible. Gracias a sus pertenencias se sabe que el muerto es un pintor napolitano que residía en la casa y estaba a punto de partir para su patria. El autor de tan odioso delito no ha sido localizado todavía. Se cree que actúa en connivencia con una mujer que vive en la calle Mesón de Paredes, que se ha resistido a dar pistas sobre su paradero.

La Esperanza de Occidente, 14 de diciembre de 1845

La historia que se cuenta a continuación comienza unos tres meses antes.

PRIMERA PARTE

1

Diez años después de que bajase de la diligencia en aquel mismo lugar un famoso liberal, cuyo nombre no figura ni en partida de bautismo ni en acta de defunción, pone el pie en Madrid por vez primera otro caballero distinguido, ignorado como aquel en los archivos parroquiales. Trae una misión que exige espíritu fino, pasión por la belleza y singular habilidad, cualidades imprecisas que no se pueden calcular con la exactitud de la temperatura o el dinero. Son días confusos, en los que se escriben mentiras como si fueran verdades, y las más de las veces se callan estas, por pudor o por desidia, así que viene a dar igual que haya alguien para comprobarlo. Al fin y al cabo, de poco vale un documento que certifique un matrimonio o una muerte si el escribano es incapaz de precisar cuánto amor o cuánto dolor costaron. Nunca ha de concederse más valor a lo que se registra que a lo que no, porque no hay más certeza en una anotación mercantil que en una emoción callada.

Ni el sitio ni las circunstancias en las que aquel sujeto aparece han cambiado demasiado. Como entonces, es septiembre y anochece. El carruaje, que también procede de Zaragoza, ha llegado con relativa puntualidad a la calle de Alcalá y se ha detenido en la esquina con la angosta de Peligros. Enfrente ya no está el convento de las Monjas Vallecas, cuyo solar ocupa ahora el Teatro del Circo Matritense, pero el resto de los edificios del entorno se encuentra más o menos como en 1835. Madrid se moderniza a golpes: cuando se derriba una iglesia para construir un coliseo, cuando un monasterio se transforma en ministerio, cuando una lápida con el nombre de un prócer sustituye un azulejo con las ánimas del purgatorio.

El recién llegado había iniciado el viaje a mitad del verano, aprovechando un barco que, desde Nápoles, su patria, recalaba en distintos puertos del Mediterráneo antes de atracar en Barcelona. Ansioso por llegar a su destino, no permaneció allí más de lo necesario antes de tomar el camino de la capital. Pero las ganas de llegar no solo no reducen el tiempo, sino que parecen alargarlo. El deseo es una energía extraña: tan pronto nos impulsa hacia un

objetivo que casi tocamos con los dedos como nos abisma la tardanza en alcanzarlo.

Está cansado, con los huesos entumecidos, el estómago vacío y el traje lleno de polvo. Pero le embarga tal ilusión que poco parece condicionarle su estado físico. Saberse en la vieja capital de un antiguo imperio ultramarino excita su imaginación, aunque más por dejarse llevar de la fantasía que por falta de experiencia, pues ha vivido en Roma casi media vida, donde se han inventado unos cuantos imperios. La historia es capaz de sublimar cuanto los sentidos denigran. Al encontrarse solo, como perdido en medio del trasiego de gente que se apelotona para recibir a otros viajeros, varios chavalillos que buscan clientes para fondas y posadas lo rodean, pero desisten enseguida de su empeño porque los ignora. Se muestra más pendiente de recoger el baúl con sus pertenencias que de atender cualquier requerimiento. Nada hay en el fardo que pueda llamar la atención, ni siquiera el contenido para él máspreciado, algunos pigmentos y las cuatro tablas que necesita para llevar a cabo el delicado trabajo que le ha encomendado el cardenal Baronio. Son de madera de nogal con una imprimación de cola y yeso, y miden poco más de un pie de alto por unas ocho pulgadas de ancho. Proceden de una vieja pala de altar del siglo XV que fue hallada por casualidad durante las obras de una iglesia romana cuya pintura original se perdió, por lo que carecen de valor artístico. Si algún guardia de aduanas ha tenido alguna curiosidad por controlarlas, habrá reconocido en ellas las mismas facciones de un rostro femenino, dibujado de manera casi imperceptible sobre cada una, con ligeras variantes. De tratarse de un hombre piadoso, recordaría seguramente alguna estampa religiosa a la que alguna vez solicitó alguna gracia inmerecida. Un investigador escrupuloso se daría cuenta de que tienen unas incisiones en la parte posterior que parecen diferenciarlas: 698 R, 723 L, 741 PZ y 726 P. Indicaciones banales, solo útiles como recordatorio para quien las colocó, indescifrables, sin embargo, para los demás. Números y letras tienden a resultar enigmáticos cuando no están escritos por nosotros. A veces llamamos misterio a lo que simplemente es ignorancia del orden ajeno.

Un sordomudo se ofrece con gestos a cargar con el bulto. La idea de no tener que entablar ninguna conversación en el trayecto le lleva a dar su conformidad de inmediato. No lo hace por desconfianza, sino por la inseguridad que le causa ser reconocido como extranjero. Aunque lo comprende todo y habla con corrección, su vocabulario es limitado y su acento indefinido. Al menos espera pasar por catalán, como si eso le diera alguna ventaja mayor entre los madrileños, que paradójicamente tienden a recelar más de un vecino que de un transalpino.

A pesar de que el sol ya se ha puesto, se orienta con facilidad. Gracias a las indicaciones que ha recibido y a las que él mismo se ha procurado, no le cuesta reconocer la torre de la iglesia del Buen Suceso, recortada sobre el cielo crepuscular, que marca la dirección hacia la que debe dirigirse. Enseguida pasa por delante de la puerta de la Academia, que tiene intención de visitar en cuanto le sea posible. Por un momento se separa de la línea de casas, dejando al acompañante a su derecha, para obtener mejor perspectiva del Palacio de la Aduana, que le recuerda algunas construcciones de Roma y Nápoles. Agudo observador, le agrada reconocer aquellos edificios de los que hablan los libros de viajes a los que es tan aficionado. Tan ensimismado está en la contemplación del palacio que pasa de largo ante el número nueve, donde está situada la fonda del Comercio a la que se propone llegar. Unos metros más allá se fija en un pequeño letrero que dice «Fonda. Comercio de Quintín» y hace una seña al porteador para que se detenga.

—Fonda del Comercio. Aquí —advierde como si el otro pudiera escucharlo.

Le indica que suba tras él por la escalera. Al poner el pie a mitad del primer tramo, cuyos peldaños están jabonosos y con los bordes muy gastados, el muchacho resbala y, como puede, se libra del baúl para no lastimarse, que se desliza hasta el suelo con un estrépito considerable. Al verse libre de todo daño, el sordomudo pasa en segundos de la vergüenza a la disculpa para terminar en el reproche. Los gestos son más rápidos que cualquier explicación. El extranjero, que ha soportado en la vida mayores adversidades, le consuela con la superioridad que solo puede ofrecer una persona acostumbrada a relativizar las desgracias.

Antes de alcanzar el primer piso, una mujer de cierta edad, alertada por el ruido, sale al rellano y se asoma a la baranda, observando con detenimiento a los dos hombres. Como quiera que aprecia un inusual comportamiento caritativo en el viajero tras el percance, deduce de inmediato que se trata de un personaje de alcurnia que llega con su criado. En Madrid, la gente vulgar, maleducada y con dinero es todavía rara. Refuerza su conclusión la apariencia respetable del italiano, que, según sus cálculos improvisados, puede estar en mitad de la treintena. Atinada está la señora que, acostumbrada a analizar a gentes de todo tipo en un golpe de vista, ha sabido intuir que se trata de un individuo distinto de los que llegan a aquella casa, lo que para ella significa una buena posición, aunque desconozca en qué y en dónde. Desde la altura no puede calibrar su expresión, inteligente y firme, pero adivina en el esmero acabado de su barba y en la natural elegancia con la que asciende, el porte de alguien honorable, sin que le perjudique el desarreglo y el cansancio propios de quien acaba de llegar

de un largo viaje. A la hora de las diligencias tampoco resulta tan difícil hacer alguna de aquellas conjeturas. Al encontrarse frente a ellos, los invita a pasar, sin que ninguno de los dos responda al saludo, uno porque no puede y el otro porque se aplica una señal convenida. Este se echa la mano al bolsillo y acerca a la señora una carta, que ella desdobra con parsimonia. Después de observar unos instantes el papel del revés con la misma gravedad de quien se dispone a dictar sentencia dice:

—Esto es asunto de mi marido. ¡Manuel! Atiende a estos señores como se merecen.

En lo que el tal Manuel tarda en aparecer, el sordomudo ya se ha marchado con una propina que no le pareció escasa. La mujer no encuentra explicación para aquella separación inesperada en la que no ha mediado palabra. El silencio siempre es misterioso. Cuando entra el marido, ella le entrega el escrito como si le urgiera a comprobar con sus propios ojos algo que ella ya hubiera advertido. Está acostumbrado a ser llamado así siempre que hay que hacer una cuenta o leer un documento, pues su mujer es analfabeta. Ninguna sorpresa, por tanto, le causa el aviso, ni se para a pensar si es un señor o varios a quienes debe atender como se merecen. Eso es cosa de ella.

—¡Oh, usted amigo *signore* Juliani! ¡Qué alegría! ¡Bienvenido! Esta ser su casa. ¿Cómo está *signore* Juliani?

El hombre quiere hacer ver que ha leído la misiva cuyo contenido no ha comprendido más allá de la firma. Aún duda, incluso, si esta se refiere al hombre que tiene delante o a quien la escribió. En realidad, ha reaccionado como si, en lugar de ser de Carabanchel, acabara de llegar de Nueva York y su interlocutor procediera de San Petersburgo, en la creencia de que un extranjero es por naturaleza ignorante y, por supuesto, supone para él una dificultad indescifrable la conjugación del verbo ser o la colocación de artículos delante de los nombres. A la mujer le sirve para ratificar que el huésped es alguien especial. Naturalmente, ninguno de los dos ha oído hablar jamás del señor Giuliani, seudónimo utilizado por un tenor italiano de cierto renombre, que nunca se hospedó en aquella fonda, sino en la del Comercio, un par de números más arriba, cuando cantó algunos fragmentos de *I lombardi alla prima crociata* de Verdi ante la reina. El recién llegado responde con la seriedad que le caracteriza:

—Bien, bien. Cantando. Por cierto, mi nombre es Contardi, Piero Contardi —precisa, mientras muestra un salvoconducto.

Contardi y el tal Giuliani coincidieron por casualidad en una casa de huéspedes en Barcelona, donde el tenor toscano, seguidor de Mazzini, sobrevive exiliado, gracias a varios papeles secundarios en distintas óperas, bajo aquel

nombre supuesto. Acostumbrado a aprovechar cualquier oportunidad para comunicarse, no le costó confiar en un hombre tan reservado como Contardi. Incluso pensó que si todavía no defendía sus mismas ideas era porque no había tenido oportunidad de meditarlas. Nada hablaron de política. Tan solo de pintura y de música. Pero Contardi se refirió con tanta pasión al arte de las distintas ciudades de la península en las que había vivido que Giuliani apreció en él los mismos deseos de una Italia unida. «La belleza no tiene patria», le había dicho al tenor. Este no tardó en imaginarse que era un ataque contra los palazuelos atiborrados de riquezas desde los que se exigían impuestos y controlaban artificiales fronteras. Los grandes vocablos, como los malentendidos, nos unen con la misma facilidad que nos separan. En este caso sucedió lo primero: Contardi recibió indicaciones para entregar una carta a una señora gruesa, con una verruga en la nariz, en apariencia iletrada, que se encontraría al llegar a la fonda del Comercio. El forastero siempre tiende a tomar por rareza lo que es costumbre y a la inversa. Aunque Contardi nada conoce del fin último que perseguía el encargo recibido, comprende, en cuanto la carta le es devuelta, que ha cometido algún error, pero en ese momento no sabe cuál ni le importa. La carta regresa al bolsillo para perderse por el forro del gabán como las cuentas de los viajes o las estampas que se reparten el día de Jueves Santo.

El cuarto que se le ofrece, como si fuera el gabinete de un gran palacio, tiene unos pocos muebles, cada uno de su padre y de su madre. A la derecha hay un cajón de madera en forma de alacena, sin puertas, y una cama grande con las patas torneadas, sobre la cual se nota que ha dormido alguien muy pesado y durante mucho tiempo, pues el colchón de borra hace una hondonada más profunda que el mar Muerto. Al otro lado hay un lavabo con cubo y jofaina, que ya era viejo cuando Fernando VII se casó con su primera esposa. La única silla que se ve, en una esquina, como superviviente de una larga familia arruinada de hermanas que hubieron de separarse, hace tiempo que ha dejado de ofrecer descanso a ilustres posaderas: ahora un paño oscuro de barragán disimula la falta de tapizado. Al lado hay un vaso de barro, alto y ceñido por cerca de la boca, cuya función huelga detallar.

Antes de pasar a cenar le dejan solo para que pueda asearse. Aquello no tiene nada que ver con lo que esperaba encontrarse en la elogiada fonda del Comercio, aunque hasta el día siguiente no se dará cuenta de la equivocación. De todas maneras, como ha calculado que tendrá que permanecer en Madrid un tiempo largo, ya ha dado por descontado que habrá de buscar algún cuarto con el precio más arreglado que una fonda en plena Puerta del Sol. Además, aquella no es barata para lo que ofrece. De momento necesita alimentarse y descansar.

Su protector le ha proporcionado un buen adelanto para subsistir unos meses, pero sabe que hasta completar el encargo se verá obligado a realizar algún que otro trabajo, así que lo mejor será empezar a buscar techo y dineros cuanto antes. Pero primero quiere ver el cuadro. En su mente palidecen, incluso, los otros tres de los que también tendrá que ocuparse. El viaje ya valdría la pena después de contemplarlo. En la vida cada cual ve recompensado su esfuerzo por gratificaciones que a otros pueden parecer despreciables.

La cena es frugal. Comparte mesa con dos caballeros ingleses que esperan plaza en una diligencia para Andalucía, con los que, para su tranquilidad, no tiene necesidad de cruzar palabra. Entre plato y plato, la patrona trata de indagar el motivo que le ha traído a Madrid. Al principio lo hace de manera tan enrevesada que Contardi cree que su idiotez es cosa de la naturaleza y no de falta de ilustración. Cuando el torpe quiere hacerse el sabio suele parecer todavía más necio. Como no hay secreto alguno que guardar, el forastero termina por responder sin circunloquios:

—Pinto cuadros.

—¡Así que es usted artista! —exclama como quien se desahoga tras un costoso esfuerzo.

—Copista, digamos, un simple copista.

—¿Copista? ¿Y qué copia usted?

—A Rafael, yo solo copio a Rafael.

—¿Rafael? Yo no conozco más Rafael que al arcángel y me sospecho que no es ese al que usted copia. Buena persona sí que me parece, pero tanto como arcángel...

—Sanzio, Rafael Sanzio. Es más que un arcángel. Es el pintor del cielo.

—¡Huy, el cielo! A mí, la calle. Lo que a mí me gusta es la calle.

—Entonces le gustará Rubens.

—¿Rubens? No. No me suena. Para mí que se confunde. Aunque yo, cuando estoy en la calle, no me fijo mucho en la gente, la verdad. Voy a lo mío.

—En Madrid hay mucho que ver.

—Ni que lo diga. ¡No vea cómo está la Puerta del Sol a todas horas! ¡Y en unos días empieza la feria! A veces compadezco a los extranjeros como usted. ¡Menudos trajines se traen!

—Hay que aprovechar el tiempo.

—Pues aprovéchelo, que como Madrid no hay nada. Se lo digo yo, que... de esto... ¡Vamos...! ¡Algo sé! Para que se haga una idea: en mi vida he salido yo más allá de la Puerta de Toledo como no fuera para lavar en el Manzanares. ¡No voy a conocer yo Madrid!

Contardi se retira sin esperar el postre. En algún momento de la absurda conversación se ha sonreído para sus adentros. Incluso ha apreciado la ternura que encierra la chulería inofensiva. El mundo no acaba en la perfección de una manga de Sanzio. Pero, antes o después, la gente simple termina por resultar aburrida hasta para sí misma.

* * *

A la mañana siguiente, antes de salir de la fonda, saca las cuatro tablas del baúl, las coloca encima de la cama y se imagina cómo quedarán los rostros pintados en ellas de *La Virgen de la Rosa*, *La Virgen del Lagarto*, *La Virgen del Pez* y *La Virgen de la Perla* que guarda el Museo Real de Madrid. Gracias a las estampas de las que ha podido disponer en la Academia de San Lucas, el semblante de cada una está ya encajado, pero ignora aquellos detalles que, como el color o la factura, solo un ojo privilegiado y una mano excepcional son capaces de diferenciar y reproducir a la vista del original. Intuye, eso sí, a partir de los muchos cuadros y frescos que ha estudiado y copiado del maestro de Urbino, cuáles pueden ser los tonos o el acabado de la superficie. Cierra un momento los ojos y ya se imagina sus tablas pintadas, incluso colocadas en el oratorio privado del cardenal Baronio, donde figuran ya otros siete rostros de la Virgen que ha copiado con anterioridad en Roma, Nápoles y Florencia. La intención del purpurado era que Contardi hubiera continuado su periplo por Dresde y Viena, pero la contumaz insistencia del copista por reproducir *La Virgen de la Perla*, que aun sin conocerla admiraba más que ninguna otra pintura del maestro, sirvió para que su mecenas accediera a modificar el plan. Le había propuesto, incluso, aprovechar las cuatro tablas antiguas para llevar a cabo una reproducción completa de *La Perla* que presidiese su oratorio. A esa sugerencia, sin embargo, no accedió, no solo porque convenía rentabilizar el viaje a Madrid de su protegido, sino porque la profecía podría cumplirse en cualquier momento.

En efecto, la noche anterior a que se celebrara el consistorio en el que fue nombrado cardenal por el papa Gregorio XVI, Baronio tuvo un sueño que interpretó como un mandato. Mientras un individuo satánico quemaba con una antorcha todos los rostros de las vírgenes pintadas por Rafael, escuchó una voz que decía: «*Custodi faciem meam*». En realidad, era un trasunto onírico de lo que le había ocurrido a un lego de Utrera, tan corto de luces como de habilidades con la palmatoria, cuando hizo que ardiera una imagen de la Virgen de la Consolación, traída a Roma por un peregrino, en el momento de ser bendecida

por el prelado. «Quemadita, quemadita», repetía de forma compulsiva mientras lloriqueaba. Ante el temor de que pudiera ocurrir algo parecido con las vírgenes de Rafael, su eminencia reverendísima se apresuró a buscar por toda Roma al mejor pintor capaz de preservar aquel semblante virginal. Al quedar copiado por mano distinta, aunque con forma idéntica, ya no ejercería la misma fascinación por tan maligno ser, por fortuna imaginario, ávido exclusivamente de originales. Entre sus íntimos, el cardenal se refería a las que ya formaban parte de su oratorio como «Las Quemaditas». Gracias a las extravagancias de ciertos sujetos diabólicos, que hasta en sueños son capaces de diferenciar un Rafael de cualquiera de sus imitadores, Piero Contardi está a punto de alcanzar su deseo, copiar *La Perla*. «La perla de mis cuadros», como dijo el rey Felipe IV. Nunca se sabe cómo la locura y el azar reparten sus dones por el mundo.

Vuelve a guardar las tablas en el baúl. No vale la pena cargar con ellas esta mañana. Al fin y al cabo, no puede empezar a pintar hasta que no consiga todo lo que necesita. Pero está impaciente por entrar en el Museo. Lleva pasaporte y el día no amenaza lluvia: tanto una cosa como la otra son imprescindibles para que le permitan la visita. La consecución de ciertos objetivos no siempre guarda relación lógica con los pasos que hay que dar para alcanzarlos.

Se sabe el camino como si lo hubiera recorrido toda la vida. Enfila la Carrera de San Jerónimo sin apenas fijarse esta vez ni en comercios ni en conventos ni en palacios. Solo le llama la atención, al poco de dejar atrás la calle del Lobo, el anuncio de un neorama que promete contemplar *La grande erupción del Monte Vesubio de Nápoles*. En cualquier momento nos asaltan recuerdos del pasado. Casi enfrente, algunas personas vigilan las obras del nuevo Congreso de los Diputados. Les presta menos atención que Cervantes desde su pedestal de la plaza de Santa Catalina. En el suelo yacen todavía las columnas con las que fue travestida la fachada del antiguo convento del Espíritu Santo para convertirlo en estamento de procuradores. En alguna parte ha leído que imitan el orden de Paestum. «Pre-tenciosa comparación», piensa. Espera que la distancia entre sus copias y Rafael sea menor que la existente entre aquellos tambores desgastados y las imponentes ruinas antiguas. De haber sido un hombre comprometido, se sorprendería de que el templo de la soberanía nacional vaya a quedar relegado frente a los palacios de Villahermosa y de Medinaceli, que flanquean el final de la calle, ante la fuente al dios Neptuno, en el lugar más privilegiado de la villa. La arquitectura y el urbanismo resultan más elocuentes que los discursos que, de un día para otro, proclaman el cambio de poder. Pero en ese momento solo tiene ojos para lo que está más allá, los jardines, el paseo arbolado, los restos del Palacio del Buen Retiro, el Monasterio de San Jerónimo y el Real Museo de Pintura y Escultura de Su Majestad.

Hacia allí se encamina con premura, como si tuviera que aprovechar una oportunidad que estuviera a punto de perder. En un santiamén asciende la suave pendiente que salva el desnivel entre el Paseo del Prado y la entrada al edificio por el lado de San Jerónimo, pasa entre las dos columnas jónicas del pórtico y accede al vestíbulo circular cubierto por una cúpula con casetones de la que hablan todas las guías. Por fin se encuentra dentro del templo, como un dios en su celda. O más bien como un sacerdote oferente que busca a su diosa al fondo de la galería. Un portero con aire de ministro lo devuelve al mundo de los mortales:

—Identifíquese, por favor. Hoy la entrada está reservada exclusivamente a los artistas.

Contardi se apresura a mostrar su pasaporte. El portero, que no está para tales comprobaciones, se lo pasa al vigilante de semana y este, a su vez, al primer oficial, para acabar en manos del conserje, don Benito Velasco, encargado de la intendencia del Museo y veterano en estas lides. En España, este tipo de tareas tan complejas está muy repartida.

—Así que es usted napolitano. Entonces es usted español, como José de Ribera. Setabense, valenciano y español.

Don Benito Velasco ha añadido la última frase con fanfarronería imperial mientras revisaba el documento, como si repetir una frase hecha evidenciase un conocimiento del que carece por completo. Contardi responde sin haber comprendido del todo el alcance de sus palabras:

—Me conformo con ser napolitano.

—Pues eso, español. Del imperio español, vamos. Como la madre de nuestra reina. ¿Conoce usted a doña María Cristina?

—No tengo el gusto. Aunque en una ocasión tuve oportunidad de saludar a su hermano, su majestad el rey don Fernando II.

Esta aclaración baja las ínfulas del conserje, que se siente insignificante ante quien él ha creído un viajero cualquiera. De todos modos, el ridículo tanto se hace por exceso de soberbia como de servilismo.

—Señor, quizá quiera usted ver a don José.

Velasco ha respondido un poco dubitativo. Contardi, consciente de que las tornas han cambiado, adopta un cierto tono engolado, que terminará por hundir a su interlocutor:

—Si se refiere a don José de Madrazo, he de decirle que sería un gran honor para mí. Soy portador de un mensaje del barón Vincenzo Camuccini.

—Hoy el señor director no se encuentra. Hace un mes que llegaron varias cajas de cuadros desde El Escorial y espera que lleguen otros envíos desde San

Ildefonso en cualquier momento. Si usted tuviera la amabilidad de dejarme el mensaje, se lo haría llegar cuanto antes. ¿Va a permanecer mucho tiempo entre nosotros?

—Eso espero. Tengo un encargo importante del cardenal Baronio.

La cosa se pone peor por momentos para Benito Velasco. Las altas jerarquías eclesiásticas no le abruman menos que la realeza.

—Entonces lo mejor será que le reciba el señor interventor. Espere un momento. Voy a buscarlo —dice al tiempo que se marcha por la escalera—. Pero siéntese, por favor, siéntese —añade nervioso al alejarse—. Allí tiene un banco.

Contardi sacaría más partido de aquella situación si no supusiera una dificultad más en la contemplación de *La Perla*. No tenía pensado mencionar en aquel momento la recomendación de Camuccini, que solo ante José de Madrazo representa alguna utilidad, pero no soporta el abuso de autoridad de un criado palaciego con uniforme. Lo único que desea en aquel momento es estar delante del cuadro.

Al poco, Velasco llega con el interventor, Juan Salmón, que parece haber sido prevenido por su subordinado. No obstante, este se muestra impasible. Mientras le ofrece un libro en el que se anotan las personas que entran diariamente en el Museo, le dice:

—Ponga aquí su nombre, su patria, su profesión y su domicilio. Si es usted copiante, podrá hacerlo con la autorización del director, pero no podrá pedir que se muevan los cuadros del sitio en que están colocados —añade maquinalmente.

—Hoy me basta con ver un cuadro.

—Hay casi dos mil, así que espero que lo encuentre. Si lo desea, puede comprar el catálogo. Son diez reales.

—Gracias. Sé lo que vengo buscando.

Al escribir sus datos en las columnas correspondientes al día de la fecha, Contardi curioseaba los nombres de quienes han entrado ese día en el Museo, sin identificar ninguno, pero al deslizar la vista hacia arriba uno le resulta familiar.

—Este Cerdá —pregunta Contardi pronunciando la ce como ese—, ¿no será don Francisco Cerdá, de Barcelona?

—En efecto, está copiando *El pasmo*. No tardará en llegar.

La idea de encontrarse con un viejo amigo le da una gran alegría. Es algo más joven que él, pero tuvieron una estrecha relación cuando copiaron juntos el *Entierro de Cristo* de Rafael en la Galería Borghese de Roma.

—*Tutto il mondo è paese* —se dice para sus adentros.

—¿Usted también es rafaesco? —pregunta el interventor, por decir algo.

—Rafael es el más grande pintor del mundo entero. ¿Sería usted capaz de buscar otra belleza después de haber encontrado la mayor de todas?

Abrumado por una cuestión que jamás se había planteado, el interventor aclara, con la cordura y el pragmatismo que se necesita para sostener el día a día de aquel templo, sin someterse a la esclavitud que supone adorar a sus dioses:

—Aquí cada cual reconoce la belleza donde le parece. Yo cuido de que los papeles estén ordenados, levanto acta de las reuniones, llevo la contabilidad, vigilo los gastos y estoy pendiente de que los restauradores cuenten con los materiales necesarios para hacer su trabajo. No soy de los que se atreve a colocar a Rafael por encima de Murillo ni a Murillo por delante de Rafael. Así, no discuto. Los españoles nos peleamos por nada. Por si le interesa: los murillistas están casi todos aquí a la derecha y los rafaescos en la galería central, al fondo. Usted verá dónde se coloca. Pero no tenga miedo; fuera del Museo no hay bandos. Todos aspiran a lo mismo. Cambiarían a Murillo por Rafael o a Rafael por Murillo, si fuera el caso.

—¿Así que Murillo y Rafael son los pintores más admirados del Museo?

—Bueno... y Velázquez. Pero pocos se atreven a copiarlo. Algunos hablan mucho, pero pintan poco. Ahora ha venido un francés, un tal Próspero Merimée. Un tipo raro que no para de hacer dibujos. Fíjese si es raro que hasta le interesa Zurbarán. Si quiere conocerlo, allá lo verá, a la izquierda, junto a un muchacho de Chiclana que copia la *Santa Casilda*. Ese es más raro todavía. No para de decir: «Me gusta Zurbarán, ¿y qué?». En fin, le estoy entreteniendo — dice cambiando el tono—. Creo que por lo que le he explicado, ya sabe más o menos dónde se encuentra cada cosa.

Lo sabía antes de que se lo contara Juan Salmón. Los cuadros de la rotonda no le interesan, aunque cuelgan allí algunas copias atribuidas a Rafael. Por curiosidad se asoma a la sala de la derecha, donde copian los murillistas. Algunos desvían su vista instintivamente, sin prestar particular atención al visitante, que no llega a entrar en la sala de la pintura española de ese lado, ni tampoco del opuesto. Por el contrario, sigue hacia la gran galería. Va en pos de su sueño, sin dar oportunidad a que el azar le pueda tal vez desvelar otro más grande. Al encontrarse primero con los cuadros contemporáneos, que en su mayoría juzga faltos de verdadera emoción artística, siente desazón, como si hubieran sido colocados allí para acentuar el contraste con lo que está por venir. Los tres cuadros de José Aparicio, que por su gran tamaño no puede ignorar, le ratifican en su idea de que, ante la imposibilidad de ser un genio, es mejor tratar de comprender a quien lo ha sido.

Cuando está a punto de entrar en el gran espacio central que alberga las escuelas italianas, el perfil de una muchacha lo detiene. No está pintado, así

que la alteración que sufre al contemplar su belleza es de otra clase. A veces uno va en busca del arte y lo interrumpe la vida. La copista no se inmuta. Trata de reproducir con meticulosidad un bodegón de Luis Meléndez, un pintor del que Contardi nunca ha oído hablar. Su mirada lo lleva a descubrirlo. Al final siempre es la vida la que nos lleva al arte. Enseguida vuelve sobre ella, como si comprobase sus progresos. Se pregunta por qué el interventor del Museo la había ignorado, cuando para él vale más que Murillo y Rafael juntos.

El encuentro es fugaz, pero algo se modifica en su ánimo. No se inunda de más luz la galería ni la estera que cubre el suelo se transforma en mármol. De repente le entran más ganas de empezar a copiar *La Perla*. Y todas las vírgenes de Rafael. Y el Museo entero. Su mirada se desliza con afanoso deleite por las paredes en su búsqueda. Pero no la encuentra. El lugar que debiera ocupar está vacío.

—¡Ha desaparecido *La Perla*! ¡Ha desaparecido *La Perla*!

Indiferente, la doncella que copia a Meléndez da una pincelada roja a una ciruela.